

## La Revolución Universitaria se extiende ya por toda la América Latina

El generoso movimiento de renovación liberal iniciado en 1918 por los estudiantes de Górloba va adquiriendo en nuestra América los caracteres de un acontecimiento histórico de magnitud continental. Sus ecos inmediatos en Buenos Aires y México, en Santiago de Chile y La Habana, en Lima y Montevideo, han despertado en todos los demás países un vivo deseo de propiciar análogas conquistas. En cien revistas estudiantiles se reclama la reforma de los estudios en sentido científico y moderno, se afirma el derecho de los estudiantes a tener representación en los cuerpos directivos de la enseñanza, se proclama la necesidad de dar carácter extensivo a las Universidades, y se expresa, en fin, que la nueva generación comparte los ideales de reforma política y económica que tiendan a ampliar en sus pueblos la justicia social.

Decapitados, en todos los países, de la vieja política perdida ya la confianza en los vultuosos figurones de la alta burocracia oficial; escépticos ante las declamaciones de los que en todas partes explotan el sentimiento patriótico para justificar sus privilegios o sus desmanes; burlones ante los étnicos dominios que siguen enseñando en la cátedra las apollinadas doctrinas de los tiempos coloniales; libres, en fin, de espíritu, las nuevas generaciones proclaman su verbo de "Renovación", haciendo suyos los ideales coincidentes en el triple anhelo de una renovación ética, política y social de los pueblos latinoamericanos.

La vieja declaración lírica no interesa ya a la juventud continental. Ha comprendido que necesita ideas nuevas contra los prejuicios viejos y trata de formarse una ideología que la prepare a vivir las grandes horas que el desastre de la guerra mundial ha deparado al mundo civilizado. Instrumento muchas veces de los viejos, declamadores que ponían todas sus mañas a la sombra del nacionalismo verbal, los jóvenes quieren hoy que el amor a la nacionalidad se defina en programas de reformas beneficios para los pueblos. Y ya comienzan a mirar como simples histriónes del patriotismo a todos los viejos tramucos que como Castro y Leguía han amordazado o corrompido la conciencia cívica de sus conciudadanos, o han puesto sus pueblos a los pies del imperialismo capitalista norteamericano.

## AGONIA

La España Negra parece entrar en agonía. Triplemente corrompida por la monarquía tradicional, por el clericalismo politiquero y por el oportunismo militarista, no ha encontrado mejor remedio a sus lacras que el de arrojarse en brazos de un Directorio analfabeto y desorbitado.

Su última insensatez ha sido el confinamiento de Unamuno y Soriano, como si no le bastara el candado puesto a la prensa y al ilustre Ateneo de Madrid, rasgo de aparente fuerza que sólo es muestra de su irremediable debilidad.

Sintiendo en torno suyo el vacío de la opinión pública consciente, la bestia directorial ha tirado el zarzapalo contra los intelectuales que mejor aman y honran a su patria, creyendo con ello dar una última esperanza a los que median del derecho divino con la complicidad del sable y del escopulario.

Los sucesos políticos de España no pueden ser indiferentes a los veinte repúblicas de la América Latina, vinculadas a ella por los dolores físicos del origen y del idioma. Y así como todos los hombres nuevos del continente nos sentimos orgullosos de ser un tanto compatriotas de Cajal, de Torres Quevedo, de Menéndez Pidal o de Unamuno, lógico es que nos llenemos de vergüenza cuando en nombre de una hipócrita confraternidad se nos inducen a creernos compatriotas de Alfonso de Mañra, de La Cierva o de Primo de Rivera.

Si hemos de ser sinceros en nuestro amor de hijos y en nuestro amor de hermanos, tenemos el deber de hablar en alta voz acerca de estos asuntos de familia. Por ello es de alabar el vigoroso movimiento de protesta contra el Directorio español promovido en nuestras juventudes universitarias y con אותו afirmamos que en la iniciación de ese movimiento intervinieron casi todos los redactores y amigos de "Renovación".

Al asociarnos a la protesta motivada por el confinamiento de Unamuno, ha sido tan grande nuestro regocijo

Bienvenida la nueva generación universalista que en todas partes alienta nobles ideales. Su obra será eficaz en nuestra América si logra que su acción se mantenga inmune de las filtraciones políticas y confesionales que en todas partes utilizan los renovadores "movidos" que se mezclan a los movi-

## LAS DOS CONCEPCIONES DEL PANAMERICANISMO

por Raúl A. Orgaz

Cuando en los países de la América Latina se discuten los problemas internacionales que se relacionan con la política de los Estados Unidos, es casi inevitable adoptar, ya una actitud de ingenuo y contagioso sentimentalismo, que permite los desahogos del corazón y las críticas fáciles, ya la de la cautelosa diplomacia, cuyo guante de seda atenúa el contacto demandado rudo de los hechos y cuya habilidad sordina acalla las ásperas disonancias de la historia. Un tercer camino es todavía posible: el de los que integran francamente los hechos a la vez que toman en cuenta los ideales, que son también, sin duda, realidades que viven en la conciencia colectiva y fuerzas constantes en la evolución de las sociedades.



RAUL A. ORGAZ

Si es alcanzable una entente de América con Europa para la paz del mundo y si cabe esperar la organización de una Sociedad de Naciones amplia y liberal, de la que América no pueda quedar excluida, es necesario que jamás comencemos precipitándonos en la hora actual el Panamericanismo como expresión de vida continental, y — formulada la pregunta — contestarla inmediatamente sosteniendo que el Panamericanismo como manifestación de la unión de todas las repúblicas del Nuevo Mundo mediante lazos de interés común y de mutua inteligencia, es una corriente vaga, pues sobrepone a ella es fácil percibir dos concepciones casi antagónicas del Panamericanismo: Una es la del Panamericanismo visto desde Washington, a la luz de las tradiciones y de los intereses de los Estados Unidos, y la otra es la del Panamericanismo contemplado desde la América española, a la luz de las tradiciones y de los intereses de las jóvenes nacionalidades del Sud.

El Panamericanismo visto desde Washington arranca de la famosa "doctrina" de Monroe, sostenida en el mensaje cuyo centenario acaba de celebrarse el 2 de diciembre, y que se atribuye a John Quincy Adams, si bien un libro noisimo intenta demostrar que fue obra del propio presidente Monroe. Todos conocen cuál es la substancia de esta doctrina, reanuda en tres principios: a saber: derecho de los pueblos americanos a la independencia y a la soberanía; autodeterminación de estos mismos pueblos para organizarse políticamente; exclusión de toda ocupación o intervención europea en el territorio americano, pero la declaración de Monroe — como lo han demostrado doctos internacionalistas como Alejandro Alvarez y Arturo Orzábal Quintana — adujo en el curso de los cinco años siguientes, y en las polémicas y en las interpolaciones que la hicieron variar substancialmente y que, en definitiva, cristalizaron en dos fenómenos fáciles de observar: la hegemonía y la tutela de los Estados Unidos sobre el resto del Continente, y el imperialismo.

La "actitud" de Monroe — decorada pomposamente con el título de doctrina — fue en sus orígenes paralelamente beneficiosa a los intereses de la Unión y de la América Latina, esta muy débil entonces y falta casi de apoyo exterior; pero en la actualidad carece de sentido real, por lo menos para Sud-América, Chile y Brasil. En presencia del ex presidente Roosevelt — cuya frase de 1903: *Speak softly and carry a big stick; you will go far*,

## EL DERRUMBE DEL FRANCO

por Manuel H. Presilla

La actual bancarrota de Francia me hace recordar que catorce años ha, mi amigo Norman Angell publicó un libro cuya resonancia fué universal. "La Grande Illusion" — tal era el título de aquella obra — sostenía que, en las condiciones del mundo moderno, cualquier guerra entre naciones europeas significaba un desastre económico, tanto para el vencedor como para el vencido. Durante los tres años anteriores al estallido de la conflagración, tuvo oportunidad de pulsar el ambiente intelectual de París acerca del efecto producido por la tesis de Norman Angell. En general, los franceses coincidían en estimarla errónea. Como creían que la prosperidad de Alemania era debida a la victoria de 1871, afirmaban que un triunfo análogo de Francia sobre su tradicional enemigo acarrearía consigo no sólo la reconquista de las provincias perdidas y la satisfacción del amor propio nacional, sino una expansión inmensa de la prosperidad material. A cada paso oía yo afirmar, en Francia, que nadie deseaba la guerra, pero que, de producirse el conflicto y terminar en la victoria, el pueblo francés saldría evidentemente beneficiado.

Vino la guerra. En septiembre de 1914 el gobierno hizo un llamado a los particulares para que cunjeran sus monedas de oro contra billetes del Banco de Francia, como patriótica contribución a la defensa nacional. Yo llevé cinco lises y se me devolvió un flamante billete de 100 francos, acompañado de un certificado en que constaba mi adhesión a la causa de Francia. Hoy, después de diez años, y a raíz de la aplastante victoria aliada sobre los Imperios Centrales, con mi billete de 100 francos no podría adquirir un solo de los cinco lises que deposité, pues el franco papel vale menos de 17 céntimos oro.

Este hecho escueto significa que la sonora revancha francesa representa, desde el punto de vista económico, un desastro comparable tan sólo al de la Alemania vencida. No he vuelto a conversar con mis amigos de París después de la guerra, pero creo que hoy ya no estarían un desacuerdo con la tesis de Norman Angell.

Francia se encuentra, desde el punto de vista financiero, al borde del abismo. Su gloria militar, es cierto, ha vuelto a alzar la cabeza; su adversario histórico yace en la impotencia de la humillación y la ruina. Su hegemonía en el continente europeo parece incontestable. Sus fuerzas aéreas son temibles. Sus grandes sindicatos financieros y siderúrgicos han llegado a límites increíbles de prosperidad. Pero hay un detalle que ensombrece el cuadro. Y ese detalle es el espectro aterrador de la bancarrota, creado por el derrumbe catastrófico del franco. La baja en el valor de la moneda francesa, como de cualquier moneda, trae como consecuencia la agravación creciente de la injusticia social que en toda Europa conduce, por diversos senderos, a la revolución. A los grandes capitalistas — industriales, banqueros, especuladores — se les brinda la oportunidad de acrecentar inmensamente sus fortunas. Los pequeños capitalistas, en cambio, al perder automáticamente, por etapas sucesivas, el valor de sus ahorros e ingresos, van aumentando los rangos del proletariado, cuya situación la carestía de la vida torna insostenible. Si el actual régimen social persiste, antes de 1914, caracteres de estabilidad y relativa justicia, actualmente va asumiendo aspecto de tragedia para las masas.

Hemos oído decir hasta hace poco, que Francia era el bastión del orden en medio de la Europa convulsionada. Pero si el derrumbe del franco continúa, ¿no llegará pronto el momento, para los descendientes de Danton y Robespierre, de lanzarse al asalto de la moderna Bastilla capitalista?

Después de esto, en el momento de la desorganización económica actual inflige privaciones y sufrimientos sobrehumanos, a toda clase de aporados, aunque más no sea un patético, a la situación económica mundial, y de alejar la amenaza de nuevas guerras". Celebramos, pues la diplomacia de sinceridad practicada por Mac Donald; pero seríamos con placer que sus nuevos apologistas tuvieran, a su vez, la sinceridad de recordar que el maestro de la nueva escuela ha sido el ilustre conde de Rusa, Tchitcherin.

## LA VERDAD EN LA DIPLOMACIA

por Arturo Orzábal Quintana

La simulación y la falta de franqueza, cuando no el engaño deliberado, caracterizaron siempre, salvo contadas y honrosas excepciones, las actitudes de la diplomacia, con estadistas a cuyo cargo se halla, en las diversas naciones, el manejo de las relaciones exteriores, proceden por lo general sobre la base de un supeditado antagonismo, natural e irreductible, entre los intereses judicados de los Estados. La idea de la guerra preparada, consistente en el arte de la diplomacia tradicional. En el pensamiento de los diplomáticos de la vieja escuela, como en el frente de los militares, siempre existe un "enemigo" contra el cual hay que previnirse y al cual hay que, en la medida de lo posible, que engañar. La amistad y el apoyo de otros pueblos se busca, no por preferencia en secreto, contra el adversario en perspectiva; de ahí las intrigas, las negociaciones ocultas, los pactos que nadie conoce. Y el resultado final del sistema es, siempre, la guerra.

El conocimiento de la verdad, lisa y llana, por las masas populares de todos los países, constituye, por oposición, el método de la nueva diplomacia que hoy pugna por imponerse a través del mundo. Tan sólo a la sombra de la ignorancia colectiva pueden encenderse las pasiones que engendran conflictos bélicos. La "diplomacia abierta" que se propone ante la opinión pública consiste esencialmente en presentar ante la opinión pública todos los antecedentes, a propósito de cualquier negociación fundamental con gobiernos extranjeros, los términos del problema a resolver desde el punto de vista de los verdaderos intereses populares. Muy pocos gobiernos, por eso mismo, se hallan en condiciones de practicar la diplomacia abierta, pues casi todos ellos son una la expresión de los inconscientes móviles que persiguen las minorías privilegiadas a expensas del pueblo trabajador. La filosofía de la nueva diplomacia puede, en efecto, sintetizarse en estos términos: el militarismo, el imperialismo, la rivalidad internacional y la guerra, benefician a las oligarquías financieras que, bajo el régimen capitalista, poseen el contralor del Estado; para la gran masa, constituida por las clases laboriosas, todo ello es sinónimo de ruina y muerte.

Los gobiernos capitalistas, los repetimos, no pueden practicar, sin perder el indispensable apoyo de las masas que sostiene a la sombra del imperialismo y de la guerra, la diplomacia abierta. Ejemplo histórico de esta afirmación, es la suerte que corrió en la conferencia de la paz, junto con todo el idealista programa de Wilson, el primero de sus famosos catorce puntos. En él se estipula la necesidad de "pactos abiertos de paz, concluidos abiertamente", y la supresión de toda diplomacia secreta en lo sucesivo. No es necesario recordar cómo fué redactado el tratado de Versalles. Baste saber que, no sólo se impidió a los vencidos hacer oír su voz en las discusiones, sino que a las veinte y tantas naciones que habían apoyado, material y moralmente, la causa aliada, les fué vedado participar en la preparación del trascendental do-

cumento. Todo se hizo a puertas cerradas, en el mayor secreto. Cuatro hombres decidieron a estos días la suerte del mundo durante décadas. Y en el asunto de la ocupación de territorios alemanes, ni siquiera fueron consultados Lloyd George y Orlando, pues, como se ha sabido recientemente, Wilson y Clemenceau tomaron por cuenta propia la decisión correspondiente. Los ámbitos y criminales imperialismos que en París se dieron cita, sólo podían realizar sus fines en la trágica sombra del secreto y del engaño. El apóstol de la diplomacia abierta defendió la esperanza del mundo al contradecir con sus actos las doctrinas que sustentaba, y hoy, después de cinco años, puede decirse, ante el espectáculo de una Europa en ruinas, los frutos de tanana deserción.

No hace mucho, el gobierno laborista de Inglaterra comenzó a guiar su conducta por los principios que, desde el llano, profesaron siempre sus homines en materia de diplomacia. Nos referimos a las cartas cambiadas entre Mac Donald y Poincaré. Se trata de un hecho escopulario, que motivó un interesante y bien razonado editorial de "La Prensa" en su edición del 5 del corriente. Según dicho editorial, el jefe del gobierno laborista habria inaugurado el sistema de la diplomacia abierta.

No obstante la simpatía sincera que nos inspira Mr. Mac Donald, y la aprobación que nos merecen los conceptos expresados en esta oportunidad por "La Prensa", creemos necesario recordar que la diplomacia abierta ya había sido puesta en práctica con anterioridad de cinco años, por el gobierno de los soviets de Rusia. Aquel gobierno era entonces y continúa siéndolo, el más capaz para repudiar de un modo absoluto las viejas normas de la diplomacia tradicional. Sus intereses, que son los de la masa obrera y campesina en cuyo bienestar reside el poder, están íntimamente ligados al mantenimiento de la paz y del orden internacionales, que a su vez depende, ante todo, de la difusión de la verdad a través del mundo. Por eso, al iniciar la publicación de la correspondencia diplomática secreta encontrada en los archivos del ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia, pudo expresar Trotsky, el 24 de noviembre de 1917:

"La diplomacia secreta es un arma obligatoria para la minoría capitalista, que se ve forzada a engañar a la mayoría para someterla a sus intereses. El imperialismo, con sus planes de conquista y sus alianzas espesas, ha llevado a mal sistema al máximo de su intensidad. La supresión de la diplomacia secreta es la primera condición de una política exterior honesta, popular y seriamente democrática. El poder de los soviets ha asumido la responsabilidad de realizar esta política. La lucha contra el imperialismo que arrastró a toda la Europa, significa también la lucha contra la diplomacia del capital que, con sus intrigas, sus cifras y sus mentiras, bastantes razones tiene para temer la publicidad".

Ha aquí, para terminar, las palabras finales del discurso pronunciado por Tchitcherin ante la Conferencia de Ginebra, en abril de 1922, palabras que reflejan de un modo claro el punto de vista del gobierno que inauguró la diplomacia abierta.

"Deso hacer resaltar, una vez más, que en nuestra calidad de comunistas no nos hacemos ilusión alguna acerca de la supresión efectiva de las causas de guerra y de crisis económicas dentro del actual orden de cosas, pero que estamos listos a contribuir, en interés de Rusia y de toda Europa, así como de los millones de seres a quienes la desorganización económica actual inflige privaciones y sufrimientos sobrehumanos, a toda clase de aporados, aunque más no sea un patético, a la situación económica mundial, y de alejar la amenaza de nuevas guerras".

(Continuación en la pag. 2).